

LA DOCTRINA ESTETICA DE PLATON

POR

PEDRO FONT PUIG

CATEDRATICO DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Primeramente indicaremos con la mayor fidelidad posible la doctrina estética contenida en los diálogos según el orden cronológico probable de los mismos. El lector podrá apreciar con ello el pensamiento estético del gran clásico en su proceso de formación, en su diferencia de matices según los diálogos, facilitándose el conocimiento preciso de cual sea el pasaje, dentro de toda la obra de Platón, donde se encuentra esta o aquella doctrina, sin la deformación que más o menos impone siempre al pensamiento platónico una pretendida exposición sistemática.

Sin embargo, no dejaremos luego de presentar un resumen de conjunto, por orden no de diálogos, sino de materias.

A) DOCTRINA ESTETICA DE LOS DIALOGOS

Laques.—Nada perjudicial y malo puede ser bello; por ello una energía sin inteligencia no es bella, mientras es bella y buena una energía con inteligencia (192).

Al oír hablar sobre la virtud o sobre alguna otra ciencia a un hombre de verdad y digno de sus discursos, se siente un gozo profundo porque se ve que el que habla y las palabras que dice, convienen y se armonizan; y nos aparece como el músico perfecto, porque produce la armonía más bella.

Protágoras.—Lo bello es bueno, útil y agradable (358); cada uno de estos predicados es exigido por el otro; ya que lo bueno es lo útil y agradable; y si alguna vez nos parece lo contrario, es que escogemos un placer actual menor que uno futuro del cual aquel actual nos priva, o menor que el dolor que aquel placer actual nos proporciona (354): el mal resulta, pues, de una falta de ciencia, de ciencia de la medida, de Aritmética (356-357).

De la ciencia, pues, especialmente de la ciencia de la medida, de la Aritmética aplicada al placer deriva necesariamente la virtud, que es lo más bello, y no en parte bella y en parte fea, sino toda bella (349).

Jon.—Una fuerza divina inspira al poeta; y como por magnetismo la fuerza divina atrae al poeta, le comunica su fuerza magnética, y entonces el poeta atrae al rapsoda, y éste a los oyentes: así la poesía une a los hombres en contigüidad de espíritu y en una misma vibración.

La Poesía no es producto de un arte consciente sino de inspiración o posesión. El poeta es cosa ligera y alada y sagrada; y no sabe hacer poesía sino cuando deviene con Dios dentro y el juicio fuera y la razón lejos (532 a 535).

Hípías Mayor.—En este diálogo demuestra Platón que la belleza no puede consistir en lo adecuado, ni en la potencia y utilidad, ni en lo agradable.

Gorgias.—No merece el nombre de arte, y es fea por mala, una

práctica como la retórica (463), que no se dirige al mayor bien del cuerpo ni del alma, sino que es meramente una especie de adulación que sin cuidar del bien, tiende con el atractivo del placer un lazo a la necesidad de la cual abusa. Tales prácticas son contrahacimiento de las artes (465). No son artes sino empirismos, porque no tienen para ofrecer las cosas que ofrecen, razón fundada sobre lo que es la naturaleza de aquellas cosas, y no pueden, por lo tanto, referir cada una de ellas a su causa. No debe darse el nombre de arte, de técnica a una práctica exenta de razón. Guardan con las verdaderas artes la misma relación que la cosmética con la gimnasia: la busca de una belleza prestada hace olvidar la belleza natural que da la gimnasia (465).

Hay identidad entre lo bello y lo bueno y entre lo malo y lo feo. Los cuerpos bellos son designados así en consideración de su utilidad, o bien en relación con el placer si verlos alegra. No hay fuera de esto nada que nos haga decir que un cuerpo es bello. Así también respecto de las otras cosas, figuras y colores; las calificamos de bellas por un cierto placer o por una utilidad o por los dos motivos a la vez; igualmente respecto de los sonidos y en cuanto concierne a la música; y respecto a las leyes y las maneras de vida (474) y la belleza de los conocimientos. De manera que es una buena definición de lo bello, definirlo por el placer y lo bueno; y lo feo por los contrarios, lo doloroso y lo malo; y los grados de belleza son proporcionales a una de estas dos cualidades, placer y utilidad, o a las dos a la vez, y los grados de lo feo, análogamente, a las de doloroso y malo (475).

No sería una mera práctica o empirismo adulatorio la oratoria que se esforzase por mejorar las almas de los ciudadanos, y por decir siempre lo mejor, agrade o no al auditorio. El hombre bueno y que hable de lo que hable, lo hace siempre en vista del mayor bien, no habla a la ventura sino que tiene un fin determinado, como los otros artesanos que con orden riguroso disponen cada uno de los elementos de su obra ajustándolos armoniosamente los unos a los otros (503), hasta que resulta hecha la obra sosteniéndose re-

cíprocamente unos elementos a otros por su ajuste recíproco, y con ello armónicamente dispuesta.

Del orden y de la proporción resultan en el cuerpo la salud y la fuerza...; en el alma, del orden y de la disposición armónica resultan la disciplina y la ley que hacen a los hombres disciplinados y rectos; lo cual constituye la justicia y la sabiduría (504).

El Banquete.—En este diálogo Agatón presenta lo agraciado del aspecto del Amor, la gracia incomparable que todo el mundo le atribuye, como prueba de su naturaleza blanda, suave y flexible, capaz de entrar en toda alma y de salir de ella inadvertidamente, y adaptarse proporcionadamente (196).

«Es el amor—prosigue Agatón—hábil poeta hasta el punto de hacer que los otros lo sean también: no hay quien, aunque antes fuese extraño a las Musas, no devenga poeta una vez que el Amor ha puesto sobre él la mano (196). En todo orden de creación artística y maestría técnica «¿acaso no sabemos que aquel a quien el Amor haya servido de maestro, llega a brillante celebridad, y que otro cualquiera sobre el cual el Amor no haya puesto la mano, tiene por destino la obscuridad?»

Sócrates observa que el Amor, pues que lo es de lo bello, y desea lo bello, no tiene ya la belleza (200); es filósofo, pues que ama lo bello, y la Sabiduría sin duda está entre lo más bello (204).

Pero el objeto del Amor, mejor que lo bello, es la generación en lo bello (206); y así crean el poeta, el inventor y el educador (209); un afán de inmortalidad los lleva a procrear, a engendrar, a perpetuarse inmortalmente en las obras hijas de su mente, o en los educados por su labor formativa (210).

El camino de la iniciación perfecta y de la revelación consiste en «comenzar desde la edad juvenil a orientarse hacia la belleza corporal, y primeramente si uno va bien dirigido por aquel que lo dirige, no amar sino un solo cuerpo bello, y con motivo de él, engendrar bellos discursos»; más después ir ascendiendo como por peldaños al amor de los cuerpos bellos en general, luego de las ocupaciones bellas, luego de las bellas ciencias, hasta «advertir re-

pentinamente una cierta Belleza de una naturaleza maravillosa (211)... Belleza a la cual en primer lugar pertenece una existencia eterna, que ignora generación y destrucción, crecimiento y mengua; que, en segundo lugar, no es bella en un punto y fea en otro; ni tampoco bella ahora y luego no; ni tampoco bella bajo un aspecto y fea bajo otro; ni tampoco bella aquí y fea en otro lugar, en el sentido de bella a los ojos de tales hombres y fea a los ojos de otros; más todavía: esta Belleza no se la representará él con un rostro por ejemplo, o con manos, ni con cosa alguna corporal, ni como un discurso o un conocimiento, ni como existente en un sujeto distinto de ella misma... sino que se la representará más bien en ella misma y por ella misma, eternamente idéntica consigo, mientras que todas las otras cosas bellas participan de ella, de manera tal que ni la generación ni la destrucción de estas produce efecto alguno ni en más ni en menos en aquella la cual ni de rechazo se resiente por ello... He aquí cuál es el punto de la vida en el que, más que en ningún otro imaginable, vale para el hombre vivir: cuando contempla la Belleza en sí misma. Que te llegue el día de verla, entonces te parecerá inconmensurable con la riqueza, con los vestidos preciosos», con toda la belleza corporal... «¿Qué idea formaremos entonces de los sentimientos de un hombre a quien sería dado ver lo Bello en sí mismo, en la verdad de su naturaleza, en su pureza, sin mezcla; y que en lugar de una belleza embutida de carnes humanas, de colores, y de otras muchas bagatelas mortales, estaría, por el contrario, en estado de advertir en sí misma la Belleza divina en la unicidad de su forma? ¿Crees tú que debe de ser una pobre vida la del hombre que mira en esta dirección (212), que contempla por el medio que es preciso, el objeto del cual hablamos, y que está unido con él? ¿Acaso no reflexionas que es allí, allí solamente, que le será dado, entonces cuando ve lo Bello por el medio por el cual es visible, engendrar no imágenes de virtud, pues que no es con una imagen que ha tomado contacto, sino una virtud verdadera, ya que tocó la Verdad misma? Y ¿no es de otra parte aquel que engendra la virtud verdadera y la alimenta, a quien

corresponde venir a ser amado de Dios, y si hombre hay capaz de inmortalidad, no es este el que lo será?» (213).

La República.—(Libro II).—Hay que apartar de los oídos de los niños y de los jóvenes y aun de la casi totalidad de los hombres toda poesía, por venerable que sea su autor, aunque sea Homero o Hesíodo, que presente acciones criminales en los dioses o en los héroes, o luchas entre ellos, como tampoco se han de representar tales asuntos ni en pinturas ni en tapices: «esto no lo admitiremos en nuestra república haya o no haya alegoría en estas ficciones; pues un niño no está en estado de discernir lo que es alegórico de lo que no lo es, y las impresiones que recibe en esta edad son de ordinario imborrables e inquebrantables» (378). Igualmente respecto de la poesía que atribuya a Dios algo que esté en pugna con sus atributos (379-380), que nos presente metamorfosis de la divinidad, las cuales son incompatibles con su simplicidad e inmutabilidad, o bien con su veracidad si se presenta que los dioses sin revestir realmente diversas formas, nos hacen creer como por una especie de encantamiento que las revisten (380 a 385).

(Libro III).—No conviene a la formación de los militares la poesía que inspira temor a la muerte, antes bien habrá de pintar con bellos colores el mundo de Hades (386); ni la que pone en boca de dioses o de héroes llantos, quejas o lamentaciones (387-388); ni la que los presenta dominados por la risa violenta que lleva consigo generalmente una brusca agitación o conmoción del alma (388), puesto que «el alma más enérgica y más sensata es la que menos se perturba y altera» (381). Poesía que presente a los héroes dirigiendo palabras insolentes al superior, ávidos de los placeres del lecho o de la mesa, venales o impíos, ha de ser corregida (389 a 391).

No se permitirá que ni poetas ni prosistas sostengan que muchos hombres son felices a pesar de su injusticia o que hay justos infelices (392).

Puesto que los militares o «guardianes», artífices (demiurgos) de la libertad de la Ciudad», se han de consagrar, desligados de to-

da otra tarea, exclusivamente a la suya, no cultivarán mientras se educan, la tragedia ni como poetas ni como actores, pero cuando menos que no representen jamás papeles bajos, «no sea que tomen con esta imitación algo de la realidad. ¿No has advertido que la imitación, comenzada desde la infancia y prolongada dentro de la vida, se convierte en hábito, y pasa a ser una segunda naturaleza que cambia el cuerpo, la voz y la mente?» (395).

En nuestra Ciudad «en la cual no hay hombre doble ni múltiple», no admitiremos el género dramático (397).

En cuanto a la declamación, el canto y la música, las armonías muelles y perezosas han de ser desterradas, dejando solamente la de la bravura y la de la sabia moderación. No deben ser admitidos instrumentos de cuerda ni flautas de notas numerosas; quedémonos «con la lira y con la cítara para la ciudad y con la siringa para los pastores en los campos» (398-399). Aquella armonía y ritmo serán excelentes que fluyan naturalmente «de la bondad ingenua... de aquella ingenuidad verdadera de un carácter en que se compenetren la bondad y la belleza (400)... La falta de gracia, de ritmo y de armonía se hermana con la fealdad de lenguaje y de carácter, y las cualidades contrarias son las hermanas gemelas y las imágenes fieles del carácter opuesto, el del hombre de mente sana y bueno» (401).

Al mismo tiempo que se prohíbe a toda clase de artistas «imitar el vicio, la intemperancia, la bajeza, la indecencia», es preciso «buscar a los artistas dotados para seguir el rastro de lo que naturalmente es bello y agraciado, a fin de que los jóvenes, como los habitantes de un país sano, reciban provecho de todo, y que de cualquier lado que los efluvios de obras bellas impresionen sus ojos y sus oídos, los reciban como una brisa que lleva la salud de las comarcas saludables y los dispone insensiblemente desde la infancia a amar y a imitar lo bello y establecer entre ellos y lo bello un perfecto acuerdo» (401).

«Si la Música es la parte capital de la educación ¿no es porque el ritmo y la armonía son particularmente adecuados para penetrar

en el alma e impresionarla fuertemente y con su propia belleza embellecerla si la educación ha sido adecuada y, si no, lo contrario; y también porque la educación musical convenientemente dada hace sentir con gran viveza la negligencia y fealdad en las obras de arte y en las de la naturaleza? Por un impulso entonces, alabando las cosas bellas y dándoles cabida gozosamente en el alma para hacer de ella su alimento y devenir de esta suerte bello y bueno, censura justamente lo vergonzoso, siente por ello aversión desde la infancia antes de poder darse cuenta del por qué, y cuando la razón llega, la abraza y reconoce como si estuviera unido a ella por lazos de sangre con tanto mayor ternura cuanto que de ella se ha alimentado en la Música.

No seremos músicos antes de saber distinguir la templanza, el valor, la generosidad, la grandeza de alma y las otras virtudes sus hermanas, como también los vicios opuestos en todas las combinaciones, y de reconocer su presencia allí donde se encuentren, ellas mismas o sus imágenes.

En consecuencia, si un hombre reúne en sí un bello carácter en su alma y rasgos exteriores correspondientes y ajustados a su carácter, porque participen del mismo tipo, ¿no es éste el más bello espectáculo para quien puede contemplarlo? Y siendo lo más bello lo más amable, el que de verdad es músico amará a quienes realicen en sí este acuerdo en la mayor medida posible, sin dejar de amarlos, sin embargo, si el defecto es corporal (402).

No hay necesidad de Tribunales para los jóvenes «educados en aquella música sencilla que hace nacer la templanza» (410).

Mas la música formaría un carácter flojo y muelle sin la Gimnasia (410), la cual a su vez formaría caracteres violentos, irascibles y atrabiliarios sin el gusto de la ciencia, de la investigación ni discusión de nada de toda la Música (411).

Así, pues, aquel que mezcla la Gimnasia con la Música en la más bella proporción y que las aplica a su alma en la más justa medida, este es el músico más perfecto y más diestro en armonía, y

lo es mucho más que aquel que acuerda unas con otras las cuerdas de un instrumento (412).

(Libro IV).—Se debe evitar toda innovación en la Música contraria al orden establecido, porque «no se pueden cambiar los modos de la Música sin trastornar las leyes fundamentales de la Ciudad». Toda precaución es poca en este punto, porque en este campo de la Música el desprecio de las leyes se insinúa fácilmente sin que uno lo advierta... a modo de pasatiempo, bajo la apariencia más inofensiva, se instala deslizándose dulcemente en usos y costumbres» (424). Es preciso que la Música haga entrar en el corazón desde la niñez el amor de la ley (425).

(Libro V).—«Si un hombre reconoce que hay cosas bellas, pero no cree en la existencia de la Belleza en sí, y se muestra incapaz de seguir al que pudiera darle conocimiento de ella, ¿crees tú que vive realmente o que su vida es un simple sueño? Fíjate en lo que es soñar. ¿No es durmiendo o en vigilia tomar un objeto que se parece a otro, no por la imagen de este, sino por el propio objeto al cual se asemeja..? Por el contrario, quien reconoce la existencia de la Belleza absoluta, y es capaz de percibir a la vez esta Belleza y las cosas que de ella participan, sin confundir estas cosas con lo bello ni lo bello con estas cosas, su vida... es realidad» (476). «Todas las cosas bellas (a diferencia de la Belleza en sí) parecen forzosamente feas bajo algún aspecto... están entre la esencia y el no ser (μη εἶναι)» (479).

(Libro VI).—«La verdad es parienta de la medida»; la gracia y la medida están íntimamente ligadas con la inclinación hacia la esencia de las cosas, y son, por consiguiente, necesarias a un natural filosófico (486).

(Libro VII).—«En el límite superior del mundo inteligible está la idea del Bien, que no sin esfuerzo se percibe, pero que no se puede percibir sin concluir que es la causa universal de todo cuanto hay de bueno y bello» (517).

(Libro X).—«El ebanista... no hace la idea, que es, según nosotros, la esencia de la cama, sino una cierta cama... algo que se pa-

rece a la cama real sin serlo; la cama que es tal en esencia es aquella una (la idea de cama) de la cual podemos decir, creo yo, que Dios es el autor. Dios es el creador, el que hace la naturaleza ($\varphi\upsilon\tau\omicron\upsilon\sigma\sigma\gamma\gamma\iota\varsigma$) de la cama; el ebanista el que fabrica esta o aquella cama, el obrero o artífice de las mismas ($\delta\eta\mu\iota\omicron\upsilon\sigma\sigma\gamma\gamma\iota\varsigma$). El pintor es el imitador de la cosa de la cual aquellos son los artífices... Imitador, autor de un producto alejado tres grados de la naturaleza» (597).

Si el artista «fuese realmente versado en el conocimiento de las cosas que imita, pienso que se aplicaría de mejor gana a las obras que a las imitaciones» (599).

Remedio contra los errores de la apariencia sensible, contra la ilusión, es contar, medir y pesar; estas operaciones son obra de lo racional que hay en nuestra alma, de lo mejor de la misma. «Mediocre asociado a lo mediocre, la imitación no engendra sino lo mediocre». Y esto entiéndase de todas las artes imitativas incluyendo la Poesía (603).

La tragedia no imita lo razonable, al hombre que se gobierna por su razón, sino lo irascible con sus excesivas manifestaciones exteriores; ni sería fácil de imitar, presentándolo como sujeto trágico, el carácter prudente y calmoso, siempre igual a sí mismo; ni aunque se imitase, sería fácil que fuese concebido, especialmente por una multitud en fiesta y por gentes de toda clase reunidas en un teatro; la tragedia «despierta, pues, alimenta y fortifica la parte mala del alma; y arruina la razón» (604-605).

Las pasiones, las manifestaciones patéticas de las mismas, todo ello al verlo representado; lo seguimos con simpatía, no nos avergonzamos de nuestras lágrimas porque por dolor ajeno, y entre tanto «aquellos sentimientos ajenos van pasando necesariamente a nuestros corazones». Análogamente con lo cómico. «La imitación poética riega y alimenta las pasiones agradables o penosas del alma cuando lo que convendría es desecarlas» (808).

Fedro.—La técnica es insuficiente para la Poesía; es necesario el delirio divino (245).

«A la vista de la belleza de acá abajo, en la reminiscencia de

aquello que es verdadero» (y que intuimos en un estado anterior del alma sin estar unida al cuerpo «cuando miraba desde arriba todo aquello a lo cual en nuestra existencia actual atribuimos realidad, y levantaba la cabeza hacia lo que realmente es real»), el alma «toma alas; nuevamente alada, se siente impaciente por volar, pero impotente para ello, dirige la mirada hacia lo alto, a la manera de un ave (de alas incipientes), y descuida las cosas de acá abajo; tiene ya causa para ser incluido entre los delirantes..... Pero hallar en las cosas de este mundo el medio de acordarse (250) de de las de allá, no es fácil para todas las almas... no es fácil para aquéllas que una vez caídas en este lugar, han sido asaz desgraciadas para dejarse dirigir hacia la injusticia por ciertos tratos habituales y dar entonces en el olvido de los augustos objetos de los cuales en aquellos tiempos tuvieron la visión; sólo queda un pequeño número que posea suficientemente el don del recuerdo. Pero cuando éstas llegan a percibir una imitación de lo de allá, están fuera de sí y no son dueñas de sí. En cuanto a la naturaleza de lo que experimentan, no se dan cuenta de ella, por falta de poder suficiente de analizar.

Lo que hay de cierto es que la Justicia, la Sabiduría, y todo lo que hay de precioso para las almas, no aparecen luminosas en las imágenes de este mundo... La Belleza era también radiante a la visión en aquel tiempo en que, unidos a un coro bienaventurado, se tenía en espectáculo la visión beatífica... suprema felicidad, misterio que celebrábamos en la integridad de nuestra verdadera naturaleza, y exentos de todos los males que nos aguardaban en el curso ulterior del tiempo; integridad, simplicidad, inmovilidad, felicidad perteneciente a su vez a las apariciones que la iniciación ha acabado por revelar a nuestra mirada en el seno de una pura y radiante luz, porque éramos puros, y no íbamos aprisionados en este sepulcro que llamamos cuerpo y que arrastramos ahora con nosotros, pegados a él de la misma manera que lo está la ostra a su concha... Decíamos que la Belleza resplandecía entre las realidades de las cuales hablábamos. Después de nuestra venida a estas

regiones, es ella todavía la que percibimos por aquel que es el más claro de los sentidos que poseemos, brillando ella misma con una claridad superior. De hecho la visión es la más aguda de las percepciones que nos vienen por mediación del cuerpo; pero la Sabiduría, no se ve. ¡Qué inimaginables amores no nos daría ésta, si semejantemente ella diese de sí misma alguna clara imagen que llegase a la vista, y así las demás realidades, todas tan dignas de amor! Mas no: solamente la Belleza tiene el privilegio de poder ser lo que es más manifiesto y cuyo encanto es más amable» (251)

Presenta aquí Platón la alegoría del tiro de dos caballos con su auriga como imagen de la naturaleza del alma: el conjunto representa el alma, el auriga la mente, y de los dos caballos uno el ánimo, la energía, el coraje, el otro el apetito. A la vista del amado «los recuerdos del auriga se dirigen hacia la realidad de la Belleza; él la reintuye acompañada de la Sabiduría... Una mezcla de miedo y de veneración lo ha hecho echarse hacia atrás; de golpe ha sido forzado a tirar de las riendas con tal vigor que ha hecho encabritar los dos caballos; al primero lo contiene sin esfuerzo porque no se resiste, al segundo, al rebelde, constriñéndolo rudamente; mientras retroceden, el primero, bajo el pudor y la admiración, empaapa de sudor el alma toda»; el segundo injuria al auriga y a su compañero por pusilánime por haberle impedido cebar su concupiscencia; hasta que al fin es dominado (246 y 254).

Irse formando en belleza interior, y que las cosas exteriores que nos pertenezcan, guarden amistosa concordancia con lo interior (279).

Filebo.—El placer nace en un ser cuando en él se restablece la armonía y vuelve al estado conforme con su naturaleza (31), de suerte que el placer es el camino hacia la naturaleza de las cosas y la reintegración de las mismas en su estado pristino (32).

Lo ridículo surge del mal de la ignorancia de sí mismo, figurándose uno tener riquezas, hermosura, inteligencia, virtud, etc., en un grado muy superior al real (48); ignorancia acompañada de debilidad e incapacidad de vengarse cuando se es objeto de burla; de

suerte que es condición de lo ridículo que no sea dañino; en cuanto nos reímos de semejante ignorancia nos alegramos de un mal (49).

Los verdaderos placeres son los que tienen por objeto colores y figuras hermosos, y la mayor parte de los que nacen de los olores y de los sonidos, todos aquellos cuya privación no es dolorosa, y cuya fruición va acompañada de una sensación agradable y sin mezcla de dolor alguno: puros placeres. No debe entenderse por bellas figuras las imágenes escultóricas o pictóricas de seres naturales, imágenes que sólo son hermosas por comparación con el modelo, sino lo que es recto y lo periférico, lo plano y lo sólido hecho a torno, lo hecho con regla y escuadra (51). Como el más verdadero y el más bello de todos los blancos es el blanco puro, sin mezcla ni vestigio de otro color, y no aquello que siendo blanco, lo sea en mayor cantidad o más grande, así todo placer exento de dolor, por pequeño y en escasa cantidad que sea, es más agradable, más verdadero y más bello que otro, aunque este sea más intenso y en mayor cantidad (53).

Superioridad de la Arquitectura sobre la Música porque en aquella entra más el número, la Aritmética; sin embargo, la Música es necesaria para alivio de las contingencias de la vida (55 y 56).

La medida y la proporción llegan a devenir doquiera belleza y virtud (64).

En ningún tiempo presente, pasado ni venidero, ha habido nadie que haya visto ni imaginado en parte alguna ni de ninguna manera, ni despierto ni durmiendo, una sabiduría o una inteligencia desprovista de belleza (65).

Timeo.—Es difícil imitar con acciones y más aún con palabras un mundo al cual se es extraño por la educación... Esto sólo sería posible a aquellos que por naturaleza y educación participan a la vez de la filosofía y de la política (19).

Siempre que el artífice, fijos los ojos sin cesar en aquello que es idéntico, en lo eterno y que no nace, se sirve de tal modelo, siempre que se esfuerza en realizar en su obra la idea y la fuerza (*δυναμικς*) de aquello, todo lo que produce de esta manera, es por necesidad

bello; por el contrario, si sus ojos se fijan sobre aquello que ha nacido, es decir, sobre aquello que deviene siempre y nunca es, si se sirve de un modelo sujeto al nacimiento y al devenir, lo que produce, no es bello (27 y 28).

Al mundo, «al Viviente que debe encerrar en sí mismo todos los vivientes, la figura que le conviene, es la que comprende en sí misma todas las figuras posibles. He aquí por qué (Dios) torneó el mundo en forma esférica y circular, siendo las distancias iguales por todas partes desde el centro a los extremos. Esta es de todas las figuras la más perfecta y la más completamente semejante a sí misma. Pensó (Dios) en efecto que lo semejante es mil veces más bello que lo desemejante» (33).

«La armonía cuyos movimientos son de la misma especie que las revoluciones periódicas de nuestra alma, no aparece al hombre que tiene comercio inteligente con las Musas, como buena simplemente para proporcionarle un placer ajeno a la razón... Por el contrario las Musas nos la dieron como una aliada de nuestra alma, cuando emprende la tarea de reducir a bello orden y a sinfonía el movimiento periódico desarreglado. Análogamente el ritmo que corrige en nosotros una tendencia a un defecto de medida y gracia, visible en los más de los hombres, nos ha sido dado por las Musas en vista del mismo fin (47).

Del indefinido número de triángulos escalenos, el más bello es el rectángulo cuya hipotenusa es doble del cateto más pequeño. Porque tal triángulo es el más bello, sería largo de demostrar. «A quien podrá descubrirlo y demostrarlo, yo no disputaré la recompensa» (54).

«La más bella (de las piedras) es aquella que es transparente y formada de partes homogéneas; la más fea es la de constitución opuesta» (60).

«La impresión que restablece de un solo golpe el estado normal, es agradable... Todos los órganos que se vacían y se evacúan progresivamente, pero se llenan, por el contrario, de un solo golpe y en grande, no nos procuran sensación mientras se vacían, pero

devienen sensibles mientras se llenan. No ocasionan dolor a la parte mortal del alma, sino que le dan placeres muy grandes. El hecho es manifiesto para los buenos olores» (64).

«Todo lo que es bueno, es bello; y lo bello nunca es sin medida... Cuando una forma corporal demasiado débil o demasiado pequeña posee un alma vigorosa y grande en todo, o cuando estas dos realidades están unidas por el contrario en la relación inversa, el viviente todo entero no puede ser bello, pues está entonces faltado de las proporciones más capitales (87).

Critias.—En la pintura del natural experimentamos un placer inmediato al advertir semejanza (107).

Las leyes.—«La primera sensación de los niños es el placer y el dolor, y en ellos la virtud y el vicio se confunden al principio con estas sensaciones... Y la educación consiste en formar en esa rectitud del placer y del dolor, de suerte que aborrezcamos aquello que conviene aborrecer desde el principio hasta el fin de la vida y que amemos aquello que hay que amar. Esta educación se relaja y corrompe muchas veces en el curso de la vida. Mas los dioses han querido que las fiestas en su honor que se suceden con regularidad en el curso del tiempo, las Musas, Apolo y Dionisio las celebrasen con nosotros a fin de que con su auxilio pudiésemos reparar los desgastes sufridos en nuestra educación (Libro II).

La restante doctrina estética de *Las leyes*, muy extensamente desarrollada singularmente en relación con la Pedagogía, puede resumirse así:

Los ejercicios corales (canto y danza) contribuyen eficazmente por la armonía y el ritmo a la educación, siempre que se ajusten a las leyes consagradas por la tradición; de lo contrario, con el menosprecio de ellas empieza la anarquía en el Arte que luego se extiende a lo político y a lo moral. No son los aplausos del público los que han de decidir sobre el valor de la Poesía dramática sino la censura de los magistrados; no substituyamos la aristocracia por una «tetrocracia»: el Arte no ha de caer bajo la jurisdicción de una democracia integrada por hombres libres y esclavos (Lib. II;

III, 700 y 701; VII, 799 a 802-810 y 817; VIII, 829-830-835; XI, 935 y 936; XII, 967 y 968).

Puede ser útil ver comedias como es útil conocer el mal; pero el ciudadano jamás intervendrá en ellas activamente, para que no resulte en detrimento de la gravedad de sus costumbres o de la altura de su espíritu (Lib. XI, 935 y 936).

B) RESUMIDA EXPOSICION SISTEMATICA

El estado estético de conciencia.—El alma antes de su unión con el cuerpo si bien veía todo aquello a lo cual en nuestra existencia actual atribuimos realidad, levantaba su mirada hacia las Ideas, que es lo que realmente es real, y las intuía, y entre ellas intuía la Belleza. Al ver en esta vida las cosas bellas de acá, percibimos una imitación de aquella Belleza que antes intuimos, y aquel para quién las Ideas fueron allá abundante objeto de contemplación, y que no se ha dejado corromper, y ha participado, no ha mucho, de los divinos misterios, se acuerda entonces de la Belleza de allá; y fuera de sí y sin dominio de sí, su alma recobra alas, se siente impaciente por volar; pero impotente porque sus alas son vestigiales, dirige la mirada hacia lo alto, y al volverla hacia el objeto bello de acá, la invade un estado de pasmo, dejando los otros cuidados, y venerando el objeto como una participación de aquella divina Belleza de allá (*Fedro*, 245 a 251).

En esta contemplación estética goza porque en ella se restablece la armonía del alma ya que vuelve a un estado conforme con su naturaleza pristina.

Puro placer sin mezcla de dolor si no es de una añoranza mitigada por la esperanza; y que, como puro, es más agradable y más verdadero que cualquier placer impuro aunque fuese el impuro más intenso (*Filebo*, 31-32-51 a 53; y *Timeo* 64).

El amor tiene siempre lo bello por objeto, y es buen camino para remontarse por los órdenes de belleza, camino que sería fácil de subir si el atascadero de la concupiscencia no lo estorbase y la

común ineptitud para lo abstracto no lo impidiese en los más Amase primero un cuerpo hermoso, y luego los cuerpos hermosos en general; aquí queda atascado el lascivo; pero quien de lascivia no es esclavo, pasa al amor de las almas bellas, y de este al de las ocupaciones bellas; el apto para el pensamiento asciende luego al amor de las bellas ciencias; y de este al de la Belleza en sí misma, la Belleza divina (*El Banquete*, 196 y 211).

La amabilidad de un objeto está en razón directa de su belleza (*El Banquete* 200).

La belleza.—La belleza consiste en la medida y en la proporción (*República* 412; *Filebo*, 51 y 64 y *Timeo* 87).

Consiste, pues, en aquellas cualidades que constituyen los primeros bienes; la medida es, en efecto, el primer bien; y la proporción, lo cabal, lo suficiente, y todo lo que pertenece a este género, el segundo; la inteligencia y la sabiduría, las ciencias, las técnicas y las opiniones verdaderas van después.

Estas primeras cualidades de medida y proporción se concretan en el orden de los bienes humanos en el de la salud que es el primero de los bienes humanos; y luego en el de la belleza. La fuerza, que es también un resultado del orden y de la proporción, y la riqueza perspicaz para seguir las normas de la prudencia, son bienes humanos inferiores a la salud y a la belleza (*Gorgias* 504; *Filebo* 66; y *Las Leyes* lib. I-631).

Todo lo que es bueno y justo, es bello; todo lo bello es bueno (*Protágoras*, 354 y 358-*Gorgias* 475).

Si alguna vez no pareciese así, es debido a que se confunde lo que hace parecer bello con lo que hace ser bello; lo más bello no a todo el mundo le parece bello; cosas placenteras de momento que luego redundarán en mal, lo adecuado por el solo hecho de serlo, aquello que cae bien por el solo hecho de caer bien, confieren apariencia de belleza a los ojos de muchos, pero no belleza (*Hípias mayor*).

Modalidades estéticas.—La gracia resulta de un natural blando, suave y flexible, como el del Amor, capaz de entrar en toda alma

y de salir de ella inadvertidamente y adaptarse proporcionadamente. Un alma sin gracia está naturalmente inclinada a lo desmedido, y como la medida está íntimamente ligada con la inclinación hacia la esencia de las cosas, gracia y medida son esenciales a un natural filosófico (*El banquete*, 196 y 204 y *República* lib. VI, 486).

La ingenuidad de la bondad se reconoce en que de ella fluyen naturalmente una armonía y un ritmo como tan excelentes no pueden proceder de ninguna otra fuente. No hay que confundir esta ingenuidad verdadera de un carácter en que se compenetren la verdad y la belleza, con aquella llamada ingenuidad que no es sino necesidad (*La República*, lib. III, 400).

Lo trágico no es lo razonable sino lo irascible; es alimento de la parte mala del alma y ruina de la razón; seguimos con simpatía las manifestaciones patéticas de las pasiones; no nos avergonzamos de nuestras lágrimas porque son por dolor ajeno, y entre tanto aquellos sentimientos ajenos van pasando necesariamente a nuestros corazones que gozan al mismo tiempo que lloran (*República* lib. X, 604 a 606).

Lo ridículo surge del mal de la ignorancia de sí mismo, figurándose uno tener riquezas, hermosura, inteligencia, virtud, etc., en un grado muy superior al real, ignorancia acompañada de debilidad e incapacidad de vengarse cuando se es objeto de burla; de suerte que es condición de lo ridículo que no sea dañino; en cuanto nos reímos de semejante ignorancia, nos alegramos de un mal (*Filebo*, 48 y 49).

La belleza sensible.—Figuras y colores, sonidos y olores pueden ser bellos, y aún se tienen por bellos los placeres de la gula y los eróticos (*Hipias mayor: Filebo*, 51).

Mas solamente son bellos placeres aquellos cuya privación no es sensible ni dolorosa y cuya fruición va acompañada de una sensación agradable, y que son puros, es decir, sin mezcla de dolor alguno, como los que tienen por objeto colores y figuras hermosos y la mayor parte de los que nacen de los olores y sonidos.

Son hermosas naturalmente y en sí mismas las figuras geomé-

tricas, con cierto placer propio que en nada guarda relación con el del cosquilleo (*Filebo*, 51 y 53). Singularizando, del indefinido número de triángulos escalenos, el más bello es el rectángulo cuya hipotenusa es doble del cateto más pequeño. (*Timeo*, 54). La más bella de todas las figuras es la circular o la esférica, porque siendo las distancias iguales por todas partes desde el centro a los extremos, es la más perfecta y la más completamente semejante a sí misma, y lo semejante es mil veces más bello que lo desemejante (*Timeo*, 33).

Los colores más bellos son los puros, sin mezcla ni vestigio de otro color (*Filebo*, 51). La más bella de las piedras es aquella que es transparente y formada de partes homogéneas; la más fea es la de constitución opuesta (*Timeo*, 60).

Los sonidos bellos no por comparación sino por sí mismos son los flúidos y claros, que dan una melodía pura (*Filebo*, 51).

El género de placeres resultantes de los olores es ciertamente menos divino; pero en ellos se manifiesta de un modo especial que todos los órganos que se vacían y se evacúan progresivamente, pero se llenan, por el contrario, de un solo golpe y en grande, no nos procuran sensación mientras se vacían, pero devienen sensibles mientras se llenan. No ocasionan dolor a la parte mortal del alma, pero le dan placeres muy grandes... La impresión que restablece de un solo golpe el estado normal, es agradable (*Timeo*, 64).

La belleza intelectual.—Nuestro conocimiento en tanto tiene validez intelectual en cuanto descansa en la medida y en la proporción: así, si quitamos de todas las ciencias lo que en ellas hay de Aritmética, lo referente a la medida, sólo nos queda el campo de tan escaso valor de las conjeturas, de la experiencia y práctica sensitivas. Consistiendo, pues, la belleza en la medida y en la proporción, el conocimiento intelectual tiene intrínsecamente belleza (*Rep*, lib. X, 603—*Filebo*, 55 y 56).

De aquí que la Sabiduría despertaría inimaginables amores si pudiésemos tener de ella una clara imagen visible; mucho más que

lo placentero, porque la medida y la proporción son más afines con lo intelectual que con lo placentero. (*Fedro*, 251).

Mas a pesar de aquella imposibilidad se trasluce el valor de la belleza intelectual en los hechos siguientes: 1.º jamás y en ninguna parte y en manera alguna nadie ni despierto ni soñando, vió ni veré, imaginó ni imaginaré una sabiduría ni una inteligencia desprovistas de belleza (*Filebo*, 65); 2.º cualquier energía con inteligencia es bella; sin ella, no (*Laques*, 192).

La belleza moral.—La rectitud moral resulta del orden y de la disposición armónica, que tienen a su vez su raíz en la medida y en la proporción, notas constitutivas de la belleza. Mediante la rectitud moral se despliega, pues, bellamente la unidad de carácter en consecuencia de conducta (*Gorgias*, 504).

La belleza moral tiene su fundamento en lo intelectual, en la ciencia de la medida, en la Aritmética; ya que el mal moral deriva de una falta de saber aritmético, prefiriendo un placer actual menor que uno futuro del cual aquel placer actual nos priva, o menor que el dolor que aquel placer actual nos causa o nos causará. (*Protágoras*, 349 y sigts).

Tener en mayor estima la hermosura que la belleza moral, es deshonar el alma de la manera más positiva y concreta, porque esto es preferir el cuerpo al alma, lo cual es contra toda razón, pues lo que ha de ser más honrado, es lo que tiene su origen en el cielo. (*República*, lib. III, 402 — *Las Leyes*, lib. V, 727).

La belleza humana.—Los principios constitutivos de belleza en el cuerpo y en el alma son los mismos: orden y disposición proporcionada.

Mente sana; belleza compenetrada con bondad de donde el ritmo y la armonía fluyen espontáneamente; energía sin brutalidad ni orgullo, y gracia sin flojedad ni molicie; juntar tales energía y gracia en la más bella proporción y aplicarlas en la justa medida: quien lo consigue, es el músico perfecto y mucho más diestro en armonía que el que acuerda unas con otras las cuerdas de un instrumento. Cuando los rasgos exteriores se corresponden y ajustan

con esta armonía del alma, el espectáculo de tal belleza humana, puesto que aquí abajo no podemos contemplar la Sabiduría en sí ni la Belleza en sí (aunque esta podamos vislumbrarla) es el más bello espectáculo y el que más merece la afición de nuestro corazón. (*Laques*, 188; *Gorgias*, 504; *República*, lib. III, 401-402-410-411 y 412; *Timeo*, 87; *Las Leyes*, lib. II).

La Belleza en sí.—La Belleza en sí es sin generación ni destrucción, sin crecimiento ni mengua: eterna, bella toda, siempre, en todos los aspectos y para todos los hombres; incorpórea, en sí y por sí, absoluta, eternamente idéntica consigo misma.

Es la Verdad misma, el Bien en sí; causa universal de cuanto hay de bueno y de bello en las cosas, que en tanto son bellas en cuanto participan de Ella, pero cuya generación y destrucción no produce en Ella efecto alguno ni en más ni en menos.

Inconmensurable con todo otro bien.

Acá sólo cabe advertir su existencia y tener de Ella cierta ciencia, pero no contemplarla; y con todo esta advertencia y deficiente conocimiento es lo principal por lo que vale para el hombre vivir; quien lo consigue, él vive realmente.

Hemos de esperar aquel día en el cual allá y solamente allá podremos contemplar, por el medio por el cual es visible, aquella Belleza, y estar imperecederamente unidos con Ella y por Ella amados (*El Banquete*, 211 a 213; *República*, lib. V, 476 y 479, lib. VII-517; *Fedro*, 246 y sigts.)

El Arte bello.—El Arte solamente es bello cuando toma por modelo no las cosas percederas y devinientes, sino las idénticas y eternas Ideas en las cuales está la verdadera naturaleza de aquéllas esforzándose en realizarlas en la obra con la potencia de las mismas.

Siendo así que las cosas, una cama por ejemplo, no son la verdadera realidad, sino que la verdadera realidad son las Ideas, muy lejos está de las Ideas, de la verdadera naturaleza de las cosas, el Arte que en vez de aspirar a realizar en la obra las Ideas, se limita a imitar las cosas, aunque hay que reconocer cierta belleza a la

relación de igualdad o semejanza entre las cosas y su imitación artística.

El Arte no es para producir placer: incluso en las artes que se satisfacen con la imitación de las cosas, la bondad intrínseca de sus obras no depende del placer que causan, sino de la relación de igualdad o semejanza entre la cosa imitada y la imitación. No es en el Arte sino en las diversiones donde el placer producido es criterio de estimación; y aun las llamadas diversiones solamente lo son en realidad si a la vez que placer no causan daño (*República*, lib. X-597 y sigts,-603- *Timeo*, 27 y 28; *Las Leyes* lib. II).

Las Bellas Artes en especial.—La Arquitectura tiene superioridad sobre la Música desde el punto de vista de la precisión; de estar fundada en la Aritmética y en la Estática; la Música, en cambio, singularmente la instrumental, tiene mucho de obscuro y poco de seguro; no regula sus acordes por medio de rigurosa medida sino mediante el ejercicio del oído, con experiencia, práctica y ensayos. Sin embargo, la Música alivia las contingencias de la vida; es una aliada de nuestra alma; aliada que nos dieron las Musas para reducir a bello orden y sinfonía los movimientos desarreglados de nuestra alma, y corregir con el ritmo la tendencia a un defecto de medida y gracia. Los instrumentos son para acompañar el canto; compases y melodía sin palabras es muy difícil adivinar lo que signifiquen e imiten (*República*, lib. III, 402-*Filebo*, 55 y 56; *Timeo*, 47; *Las Leyes* lib. II).

La Danza tiene de común con la Música el ritmo, pero mientras la Música añade al ritmo la melodía, la Danza añade la figura. Todo aquél que habla o canta, acompaña sus palabras o su canto con algún movimiento del cuerpo, y la imitación espontánea de las palabras por los gestos, figuras o actitudes, es lo que ha producido el arte de la Danza. (*Las Leyes*, lib. II, 673).

La Escultura y la Pintura adolecen del defecto inherente a todo arte imitativo (*República* lib. X, 597 y sigts. *Critias* 107; *Las Leyes*, libro II).

El artista, especialmente el poeta.—La maestría técnica no es sufi-

ciente para ser poeta; se necesita además haber vivido aquel ambiente que se quiere presentar en la obra; pero con las dos solas condiciones no se pasará de imitador.

El amor de lo bello es el que hace poetas; amor que impele a producir belleza, a procrear, a engendrar, a perpetuarse inmortalmente en las obras. Este amor arrebató al poeta la posesión de sí; entonces una fuerza divina lo inspira; y produce verdaderamente como poeta cuando está con Dios dentro, y el juicio fuera y la razón lejos. (*Jon: El Banquete* 196 y sigts.: *Fedro* 245; *Timeo* 19).

La crítica de Arte especialmente literaria.—No es la multitud, no es el público, el que ha de decidir sobre el valor de las obras; porque la multitud toma por criterio el placer que la obra causa. (*Las Leyes* lib. II, 652 a 660 y lib. III-700 y 701).

La primera condición para ser buen juzgador de obras de Arte es saber distinguir bien entre lo virtuoso y lo vicioso (*República*, libro III, 402; después, se necesita pericia para valorar la obra atendiendo al objeto imitado, a la justeza de la imitación y a la ejecución. (*Las Leyes*, lib. II, 667 a 669).

Arte y Pedagogía.—No hay que permitir ninguna obra de Poesía o de otra Arte que pueda menoscabar la veneración o ejemplaridad de los dioses; ni que incline a la injusticia, intemperancia, cobardía, molicie, bajeza, espíritu burlón o indisciplina (*República*, libro II, 378 a 385; lib. III, 386 a 392).

Las pasiones representadas van pasando insensiblemente al alma del espectador o del lector, y más aun a la del actor (*República*, libro III, 395); y de esta suerte la Poesía que las canta o representa, riega y alimenta las pasiones agradables o penosas del alma cuando lo que convendría es desecarlas. (*Filebo* 55; *República*, lib. X, 604 a 608).

Lo deseable sería que la Poesía se limitase a himnos en honor de los dioses y de las personas buenas (*República*, lib. III, 397 y libro X, 607 y 608).

Que las obras bellas de todas las Artes impresionen con sus efluvios a los ciudadanos, de manera que de cualquier lado al cual

éstos dirijan sus ojos y oídos, reciban como la brisa de una comarca saludable, que los disponga insensiblemente desde la infancia a amar e imitar lo bello, y a establecer entre lo bello y ellos perfecto acuerdo (*República*, lib. III, 401.)

La Música, no la de instrumentos de cuerda y flautas de notas numerosas, sino la sencilla de la lira, cítara y siringa, tiene singulares condiciones educativas porque el ritmo y armonía penetran en el alma y la afinan para percibir y sentir la belleza y la fealdad; y así mediante la Música el niño va sintiendo aversión a lo feo y a lo vergonzoso aun sin saber el por qué; y cuando la razón llega, entonces el antes niño reconoce y abraza la bondad y belleza como si estuviera unida a ella con lazos de sangre con tanto mayor ternura como que de ella se ha alimentado por medio de la Música (*República*, lib. III, 398 y 399 y 402; *Las Leyes*, lib. II).

Todos los muchachos han de ejercitarse en la lira desde los trece a los dieciséis años, pero sin salirse de los tonos marcados por el músico, sin que se les permitan caprichos que no están en la composición (*Las Leyes*, lib. VII, 810).

No habría necesidad de tribunales de justicia para jóvenes así formados (*República*, lib. III, 410).

No hay que olvidar la Gimnasia a fin de que la sola educación musical y literaria no lleve a la flojedad y molicie (*República*, libro III, 410 a 412; *Timeo*, 88).

Hay que evitar toda innovación en la Música; por el camino de las innovaciones en la Música, que parecen inocuas, se va deslizando el espíritu de innovación en otras esferas y de indisciplina.

El Estado debe prohibir aquellas innovaciones; imiten los Estados a Egipto que no permite a pintores, escultores ni músicos que se aparten de los modelos consagrados bajo la autoridad de la religión y de los sacerdotes (*República*, lib. IV, 424 y 425 y *Las Leyes*, lib. II, 652 a 660; lib. III, 700 y 701; lib. VII, 799 y 800).

Las fiestas que se suceden periódicamente en honor de los dioses, con sus cantos y danzas, han de ser para reparar los desgastes sufridos en nuestra educación por relajación y corrupción en mu-

chos puntos en el curso ordinario de la vida (*Las Leyes*, lib. II).

No debe ser permitido no ya representar sino ni siquiera enseñar a un particular, una obra poética antes de haber sido aprobada por los censores; cargo que debe recaer en los institutores de la juventud y guardadores de las leyes, no menores de cincuenta años de edad, y que hayan visto conjuntamente las ciencias, especialmente la Aritmética, en relación con la Musa. (*Las Leyes*, libro VII, 801, 802 y 817; lib. VIII, 829, 830 y 835; lib. XI, 935, 936; libro XII, 967 y 968).